

Campesinado, escritura y paisaje: algunas cuestiones sobre el mundo provincial romano occidental

Inés SASTRE*

El análisis del mundo rural y el interés por la oralidad son dos temas centrales en los estudios de Juan Cascajero. En ellos quedan sintetizados su preocupación y su sentimiento de cercanía hacia los grupos más desfavorecidos del mundo antiguo, aquellos que no tuvieron acceso a mecanismos materiales y escritos de perpetuación, aquellos que no dispusieron de medios de expresión perdurables y a los que el historiador está obligado a “hacer justicia” póstumamente. Es este carácter ágrafo y marginal del campesinado antiguo lo que sin duda explica la simpatía que Juan, historiador de fuentes escritas, mostró siempre hacia los planteamientos de la arqueología del paisaje. El estudio de los paisajes permite abrir una ventana a este mundo rural predominante en la Antigüedad y ampliar la perspectiva, estrecha y socialmente cicatera, de las fuentes literarias grecolatinas. El estudio del paisaje puede verse, de este modo y entre otras muchas cosas, como una forma de acceso al mundo de la oralidad.

Mis objetivos en este artículo se centran en plantear cómo interfiere el uso de la escritura en este mundo oral del campesinado provincial romano y, en particular, la escritura epigráfica. Para ello utilizaré el caso que conozco mejor, el del Noroeste hispano. Lo que sigue es una síntesis de otros trabajos más detallados en los que el lector puede encontrar las bases argumentales que no es posible proporcionar aquí (fundamentalmente Sastre 2001 y 2002), aunque en algunas cuestiones sí pretendo dar una interpretación actualizada.

La razón por la que considero oportuno presentar este tipo de trabajo aquí es que una gran parte de mi investigación debe mucho a la influencia de Juan Cascajero, a su visión de las fuentes y de la escritura antigua y a su *qui prodest?* Juan Cascajero fue profesor mío el penúltimo año de carrera y durante mis cursos de doctorado en la Universidad Complutense. De hecho es uno de los principales responsables de que yo haga actualmente historia tal y como la hago. Gracias a él se reafirmó en mí una idea que ya llevaba latente cuando entré en la Universidad: que la esencia de la historia es el cambio y que las sociedades viven en conflicto. Como Juan me dijo alguna vez, la percepción que tenemos de la historia es, en último término, una cues-

* Este trabajo se incluye en el proyecto de investigación del IH del CSIC “Formas de ocupación rural en el cuadrante nordoccidental de la Península Ibérica. Procesos de cambio y transición en la Antigüedad (TERRITORIA)” (HUM 2004- 04010- C02-01/ HIST) financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

tión de sensibilidad. Hay quien es sensible al cambio y al conflicto y hay quien no lo es. Y Juan fortaleció mi sensibilidad hacia el cambio y mi interés por el estudio de la desigualdad social.

En un trabajo relativamente reciente Woolf (1996), autor que muestra una de las perspectivas recientes más interesantes sobre el proceso de provincialización romana (Woolf 1998), ratifica la idea de que la epigrafía es un fenómeno cultural marcadamente urbano. En concreto, defiende que la eclosión epigráfica del Alto Imperio se explica, como en general los procesos de monumentalización, por el carácter dinámico de la sociedad de ese momento. La sociedad romana altoimperial se caracteriza por las posibilidades de movilidad social lo que genera “anxieties” a las que se buscan respuestas variadas. Una de ellas es, por ejemplo, el recurso a la astrología y a la magia. Otra, la búsqueda de la perpetuidad y la publicidad de la posición social a través de las inscripciones. A partir del CIL, el autor concluye que las inscripciones se concentran en las provincias mediterráneas más urbanizadas (especialmente las que vivieron procesos de colonización a partir de César y hasta Augusto) y en las zonas con presencia militar, principalmente Numidia, Rhin y norte de Britania. Esto se explica porque “urban and military communities were thus among the most socially fluid environments in Roman society”, lo que queda de manifiesto sobre todo “when set against the social environments we can envisage among more rural societies” (Woolf 1996, 37).

Sin embargo, no todos los paisajes rurales son tan ajenos a la cultura epigráfica. Como este mismo autor ha puesto de manifiesto, mientras que las ciudades romanas responden todas a un modelo general que es mejor o peor reproducido en territorio provincial, el mundo rural carece de modelos, lo que da lugar a una enorme diversidad, sin que pueda advertirse una respuesta única o unidireccional a la dominación romana (Woolf 1998, 144). Esta afirmación es difícil de entender desde presupuestos basados en la noción tradicional de “romanización” como asimilación en bloque de las formas de organización urbanas y cívicas características del ideal romano clásico. En cambio, desde perspectivas que rechazan la ciudad como el elemento de referencia esencial para analizar la expansión romana en Occidente, la noción resulta clara. Hay territorios provinciales en los que el campo se “estructura desde sí mismo” (Pereira 1984), y en los que la ciudad, con su papel administrativo y político, no forma parte de la vida diaria de las poblaciones rurales como han puesto de manifiesto varios estudios sobre economía antigua que se han emprendido a partir de la noción de campesinado (Ligt 1990 y 1999; Erdkamp 1999).

Esto no supone que el campo se mantuviera ajeno, residual e indigenista, frente a los cambios que trajo la dominación. Todo lo contrario. La imposición político-administrativa alteró las formas de organización social y territorial de las poblaciones rurales, sobre todo al insertarlas en un sistema tributario que se apoyaba sobre una marcada división social. En todo el imperio existen ciudades desde las que se centraliza esa dominación, pero no todos los territorios del imperio se reorganizaron de acuerdo con modelos urbanos. La ciudad, en muchas zonas, no quedó integrada en las relaciones sociales y económicas cotidianas. Los paisajes rurales del imperio están marcados, pues, por una gran diversidad, y la desigual difusión de la cultura epigráfica por los mismos es una muestra de ello.

El Noroeste hispánico se caracteriza por estas formas de relación social eminentemente rurales, como ya hemos puesto de manifiesto en otras ocasiones (Sastre 2001; Sánchez-Palencia ed. 2000). Y muchos de sus territorios rurales han proporcionado una cantidad de inscripciones muy notable, perfectamente equiparable a los conjuntos epigráficos de sus principales capitales administrativas (Sastre 2002). Esto no es en realidad contradictorio con las tesis de Woolf sobre la relación entre monumentalización y contextos de movilidad social. Las poblaciones del Noroeste sufrieron un proceso de cambio muy fuerte con la imposición del dominio romano. La provincialización del Noroeste supuso la ruptura de unas formas de organización social comunitarias, a escala marcadamente local y sin formas de desigualdad jerarquizada (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998; Sastre 2002b), y la imposición de una compleja sociedad de clases en el contexto de una dominación imperialista. Esto abrió nuevos cauces de acceso al poder, al tiempo que sancionó formas de dependencia social inexistentes en época prerromana. Indudablemente esto corresponde a un contexto de “movilidad social”. Es más que probable que la conquista hiciera cundir la ansiedad y que las poblaciones indígenas constataran el final de una realidad, de una era, y el comienzo de otra radicalmente distinta.

El resultado de estos procesos fue la consolidación de una formación social campesina muy jerarquizada y muy condicionada por la presencia del Estado romano, cuyos intereses económicos en el Noroeste eran muy directos. En este contexto merece la pena recurrir a enfoques centrados en la “identidad”, cuyo estudio ha renovado muy marcadamente el panorama de la tradicional “romanización” (Mattingley 1997, Woolf 1998, Webster 2001). El uso de la epigrafía por parte de algunos grupos sociales, urbanos y rurales, forma parte de la expresión de estas nuevas identidades sociales que son reflejo, en último término, de las nuevas relaciones de poder. Y en relación con ello es necesario definir primero cuales son estos “inscribed social groups” de Woolf, estos grupos que recurren a las inscripciones como medio de expresión de su identidad como tales.

La epigrafía es introducida en el Noroeste como un instrumento más del imperialismo romano. Las primeras inscripciones lo reflejan claramente (Pereira 1995) a través de dedicatorias al emperador y a su familia que consolidan los nuevos referentes espaciales construidos por la administración romana. El ejemplo mejor estudiado es el de la conformación de *Gallaecia* como entidad geográfica y política (Pereira o.c.), pero algo semejante puede afirmarse respecto de las menciones de *civitates*. Al mismo tiempo, los ejecutores de la nueva dominación (militares, agrimensores –si estos no eran militares–, los miembros de la administración en general), utilizan la escritura como parte de su “craftsman literacy” (Harris 1989, Cascajero 1993), y recurren al hábito epigráfico sobre todo en epitafios, aunque no sólo. Las inscripciones labradas en las paredes de los canales mineros posiblemente tienen que ver con estos grupos y con la reorganización y delimitación del espacio controlado por Roma (Sastre y Sánchez-Palencia 2002). De todas estas maneras resulta patente que el uso de la escritura se identifica con la cultura de los dominantes. Y los nuevos poderosos locales recurren a ella como manera de mostrar su connivencia con la nueva ideología de poder. En el caso concreto de la epigrafía, en estos contextos de expansión imperial su carácter político, su papel como ensalzador y publi-

citador del nombre, resultan aún más claros incluso que en las ciudades, y las inscripciones se convierten un auténtico bien de prestigio.

Existe una alta aristocracia con proyección a escala provincial, cuya presencia se detecta principalmente en las capitales conventuales pero también incluso en *Tarraco*, la capital provincial, a través en este caso de los pedestales de las estatuas de *flamines* y *sacerdotes* con *origenes* del Noroeste (recogidas en RIT). La cultura epigráfica de estos grupos situados en la cúspide de la pirámide social responde perfectamente a los cánones imperantes en ese momento en el Imperio. Al servicio de estos grupos –y de las familias de *legati* y *procuratores* imperiales– estaría, sin duda, el *grammaticus* documentado en Astorga (IRPL 103). Hay que remitir nuevamente a los trabajos de Harris y Cascajero para apuntalar la idea de que estamos en contextos marcadamente analfabetos, en los que el acceso a la escuela estaría muy restringido socialmente y en los que el desconocimiento de la escritura afectaría, incluso, a una gran parte de los grupos dominantes, incluso de aquellos que recurren a la epigrafía.

Junto a esta epigrafía “estándar”, directamente vinculada al poder imperial, se desarrolla, tanto en ámbitos urbanos como rurales, otro tipo de inscripciones caracterizadas por su localismo y por las peculiaridades de su contenido y morfología. Se trata de inscripciones cuya decoración y/o soportes carecen de paralelos fuera de la Península Ibérica, y que incluyen en ocasiones fórmulas de identificación peculiares, como las llamadas “unidades organizativas indígenas” generalmente expresadas con nombres en genitivos de plural o con el signo ... (Alarcão 2003). Todo esto se ha analizado tradicionalmente partiendo de la base de que estas inscripciones responden a la iniciativa popular y son el resultado del progresivo calado de la romanización, es decir, de la aceptación de las nuevas formas de vida y de expresión cultural entre los grupos inferiores. Sin embargo, caben, al menos, otras dos alternativas de interpretación.

Por una parte, este tipo de inscripciones podrían ser fruto de la “criollización” que puso en marcha el dominio romano (Webster 2001). El término “creolization” surge de los estudios realizados sobre las sociedades afro-americanas y afro-caribeñas que surgieron del contacto entre europeos, americanos nativos y africanos (ver referencias en Webster 2001). Estas visiones insisten en los “procesos de negociación” en contextos marcados por relaciones de poder desiguales a partir de los cuales se construye una nueva cultura material fruto de una realidad social nueva, hecha de la amalgama de tradición e imposición, que no puede entenderse como la reproducción de la cultura del dominante. La “creole culture” es una cultura mixta. El hincapié se hace en los procesos de resistencia popular como factor esencial para entender la nueva realidad social y cultural: “links with the past are maintained in opposition to the elites-sponsored trajectories of a dominant culture”, pero esas vinculaciones con la tradición se llevan a cabo mediante reglas que no son las tradicionales, sino aquellas que surgen de la “negociación” con la cultura dominante.

Esta visión tiene el mérito de realzar la importancia del cambio en todos los sectores sociales de los territorios provinciales, rechazando la idea, latente en los estudios de la romanización como mera “aculturación”, de que los grupos inferiores y principalmente los campesinos viven al margen de las nuevas influencias culturales. De este modo se supera el concepto de romanización como mera “aculturación”

mediante la cual las sociedades provinciales quedan polarizadas entre los “romanizados”, generalmente las élites y sus adláteres que reproducen el modelo cultural dominante por emulación, y los no romanizados, generalmente las poblaciones rurales, entre las que se supone que pervive la tradición bien por inercia y aislamiento, bien por resistencia abierta a la dominación (Alföldy 1987; Millet 1990). De este modo se pretende que el mundo rural provincial refleja la realidad social y cultural prerromana y, lo que es muy grave, a través de la ruralidad de época romana y de su registro material se quiere echar luz sobre el pasado prerromano.

¿Hasta qué punto la epigrafía del Noroeste podría analizarse como parte de la “creole culture”? Yo creo que el modelo resulta eficaz para hacer hincapié en que la cultura epigráfica responde a una realidad nueva, a la nueva sociedad provincial, y no puede ser objeto de inferencias directas sobre las tradiciones religiosas o funerarias prerromanas. Pero por otra parte existe una razón de base para cuestionar el modelo en este caso: el carácter de bien de prestigio de la epigrafía que he intentado demostrar más arriba, tanto por su monumentalidad como por el uso de la escritura. Esto obliga a plantear una segunda opción interpretativa, basada en la posibilidad de que los fenómenos de “criollización” –y no sólo de “emulación”– también afecten a los grupos dominantes en ámbitos locales y rurales a la hora de mostrar su identidad como tales. Esto entra de la lógica de la creación de nuevas superestructuras ideológicas que ratifican las nuevas relaciones de poder. En este contexto de dominación imperialista, es esperable que los emergentes grupos dirigentes recurran a la re-elaboración de la tradición, para apoyar también en ella las nuevas relaciones de dependencia. El recurso a la tradición prerromana pudo ser un eficaz elemento de control ideológico, y no sólo un instrumento de resistencia a la dominación.

El carácter “mixto” de esta re-elaboración cultural queda muy claro en las inscripciones. El uso de la epigrafía es ya el resultado de una influencia foránea, pero debe verse en un contexto en el que la propia monumentalización del mundo funerario es el resultado de la influencia romana, en el marco de la formación de esa realidad nueva que es la sociedad provincial. Esto queda muy claro si se compara con el mundo funerario de la cultura castreña, que es arqueológicamente invisible. No hay registro funerario castreño prerromano, y este empieza a aparecer sólo en los sectores meridionales en los dos siglos finales del milenio (Silva 1986; Bettencourt 2000). Lo mismo puede afirmarse para las prácticas votivas. Al mismo tiempo, la decoración de las inscripciones, sus soportes, la introducción de referencias poco canónicas son el resultado de esa mezcla cultural ideológicamente dirigida y marcadamente rural.

¿Dónde queda, entonces, el campesinado provincial? Yo me atrevería a decir que las formas de religiosidad popular no pueden analizarse a través de la epigrafía, al menos en el caso del Noroeste hispano. Pero esto no quiere decir que sea imposible su estudio. De hecho, la arqueología del paisaje abre un campo prácticamente inexplorado. Un estudio del paisaje social del campesinado romano provincial que tenga en cuenta fenómenos como la percepción del espacio dentro y fuera de los asentamientos, las formas de explotación del territorio, la integración de asentamientos entre sí, las relaciones con los ámbitos urbanos y el tejido de relaciones de dependencia puede proporcionarnos un conocimiento mucho más profundo de las formas de vida de las poblaciones rurales que aún no se ha abordado. Pero esto exige ela-

borar nuevas formas de mirar el registro a partir de analogías con otros casos documentados tanto en época romana y dentro del imperio como en otros momentos y lugares. Esto se ha emprendido ya en los estudios sobre la economía y la organización de la producción, pero no en el caso de los universos simbólicos. En este ámbito la epigrafía lejos de haber sido una ayuda, ha sido más bien un lastre precisamente porque la voz de los poderosos, a través de la escritura monumental, ha ocultado la oralidad de los grupos campesinos y ha impedido la búsqueda de vías alternativas de acceso a la cultura del campesinado bajo dominación romana.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J. (2003): "A organização social dos povos do Noroeste e Norte da península ibérica nas épocas pré-romana e romana", *Conimbriga*, 42, 5-115.
- ALFÖLDY, G. (1987): *Historia social de Roma*, Madrid.
- BETTENCOURT, A.N.S. (2000), "O mundo funerário da Idade do Ferro do Norte de Portugal: algumas questões", en *Actas 3^{er} congresso de arqueologia peninsular vol. 5. Proto-historia da Península Iberica*, Porto, 43-59.
- CASCAJERO, J. (1993): "Escritura, oralidad e ideología. Hacia una reubicación de las fuentes escritas para la Historia Antigua", *Gerión*, 11, 95-144.
- ERDKAMP, P. (1999) "Agriculture, underemployment and the cost of the rural labour in the Roman world", *Classical Quarterly*, 49.2, 556-572.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1998): "Las comunidades campesinas en la cultura castreña", *Trabajos de Prehistoria* 55.2, 127-150.
- HARRIS, W.V. (1989): *Ancient Literacy*, Cambridge-London.
- IRPL: F. Diego Santos, *Inscripciones romanas de la provincia de León*, León, 1986.
- DE LIGHT, L. (1990): "Demand, supply, distribution: the roman peasantry between town and countryside: rural monetization and peasant demand", *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte*, 9.2, 24-56.
- DE LIGHT, L. (1991): "The roman peasantry demand, supply, distribution between town and countryside II. Supply, distribution and a comparative perspective", *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte*, 10.1, 33-77.
- MATTINGLY, D. ed. (1997): *Dialogues in Roman Imperialism. Power, discourse and discrepant experience in the Roman Empire*, Journal of Roman Archaeology Suppl. 23, Portsmouth.
- MILLET, M. (1990): "Romanization: historical issues and archaeological interpretation" en T. Blagg, M. Millet (eds.), *The Early Roman Empire in the West*, Oxford, 35-41.
- PEREIRA, G. (1984): "La formación histórica de los pueblos del Norte de Hispania", *Veleia*, 1, 271-87.
- PEREIRA, G. (1995): "Epigrafía "política" y primeras culturas epigráficas en el Noroeste de la Península Ibérica", en F. Beltrán (ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, 293-326.
- RIT: G. Alföldy, *Die römischen Inschriften von Tarraco*, Berlín, 1975.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. ed. (2000): *Las Médulas. Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*, León.

- SASTRE, I. (2001): *Las formaciones sociales rurales de Asturia romana*, Madrid.
- SASTRE, I. (2002): *Onomástica y relaciones políticas en la epigrafía del conventus Asturum durante el Alto Imperio*, Anejos de Archivo Español de Arqueología nº 25, Madrid.
- SASTRE, I. (2002b): “Forms of social inequality in the Castro Culture of Northwest Iberia”, *European Journal of Archaeology* 5.2, 213-48.
- SASTRE, I., SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (2002): “La red hidráulica de las minas de oro hispanas: aspectos jurídicos, administrativos y políticos”, *Archivo Español de Arqueología* 75, 215-234.
- SILVA, A.C.F. (1986): *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- WEBSTER, J. (2001): “Creolizing the Roman Provinces”, *American Journal of Archaeology*, 105, 209-25.
- WOOLF, G. (1996): “Monumental writing and the expansion of Roman society in the Early Empire”, *Journal of Roman Studies*, 86, 22-39.
- WOOLF, G. (1998): *Becoming roman. The origins of provincial civilization in Gaul*, Cambridge.